

LENGUA, ETNIA Y CONSTRUCCIÓN NACIONAL EN ÁFRICA NEGRA: EL CASO DE ZAIRE

SYLVAIN CARREAU
El Colegio de México

ESTE TEMA PUEDE CONDUCIR AL INVESTIGADOR a ciertas preguntas: ¿Se puede hablar de una “lengua” sin “etnia”? En el sentido inverso, ¿es posible referirse a una “etnia” sin hablar de su “lengua” correspondiente? ¿Una lengua, por sí misma, dispone de una fuerza suficiente para integrar o desintegrar a individuos de uno o de varios grupos homogéneos o heterogéneos? ¿Cuál es, en África negra, la incidencia de las lenguas, por una parte extranjeras (es decir de colonización) y por otra nacionales, en el proyecto estatal de construcción nacional?

Intentar responder estas preguntas ayudará quizás a comprender la problemática principal de este trabajo, o sea, “de qué manera esa África negra, a la vez homogénea y plural, tanto lingüística como étnicamente, lucha por la construcción de una nación fuerte capaz de promover el desarrollo integral de sus habitantes”.

Por otro lado, conviene hacer algunas aclaraciones sobre el uso de los conceptos “linaje”, “clan”, “tribu” y “etnia”, que a veces se prestan a confusiones inútiles cuando no se captan de un modo funcional, esto es, en virtud del contenido que los diferentes grupos sociales afectados les confieren en el curso de su vida cotidiana. Puesto que, de hecho, el problema no consiste, por ejemplo, en saber si tal grupo debe ser denominado “tribu” y tal otro “etnia”, sino más bien en conocer la idea y la proyección que todo grupo social se hace de sí mismo en cuanto a su supervivencia y a su reproducción, es decir, a su conservación.

A este respecto, y si nos atenemos a Lobho Lwa Djugudjugu,¹ quien se inspira en las observaciones de Balandier y de Mercier, diríamos que:

El linaje es el conjunto de parientes vivos con un ancestro común real, es decir no ficticio o mítico. Mientras que el clan está formado por individuos o conjunto de linajes cuyo ancestro común, muy alejado en el tiempo, puede ser ficticio o mítico, en cuyo caso el parentesco se vuelve más una cuestión de contrato social que de consanguinidad. Sin embargo, el clan es generalmente un grupo unilineal y exógamo de parientes: si es patrilineal comprende un ascendiente masculino, los hijos de los dos sexos y los hijos de los descendientes masculinos que también descienden de la línea masculina.

Paralelamente al clan patrilineal, el clan matrilineal está formado por un ascendiente femenino, los hijos de los dos sexos y los descendientes femeninos en la línea materna. El clan se diferencia, pues, del linaje por su envergadura y por el ancestro a partir del cual se establece el árbol genealógico del grupo. La misma relación se encuentra entre linaje y descendencia, entre descendencia y familia extendida y, finalmente, entre ésta y la familia nuclear.

Pero ¿cuándo se pasa del clan a la tribu y a la etnia? Esta pregunta plantea el problema de la delimitación exacta entre familia, linaje, clan y tribu, problema que no es fácil de resolver respecto a las sociedades africanas.

El esquema teórico que acabamos de trazar no es sino una construcción mental, puesto que la realidad social está demasiado matizada para adecuarse fácilmente a una clasificación tan sistemática.

En efecto, en lo que se refiere a los ba-kongo, por ejemplo, no se sabe con precisión, dice Balandier, dónde conviene insertar la noción de tribu que en particular nos ocupa. Lo mismo ocurre con el grupo fang: los límites entre el clan y la tribu siguen siendo frecuentemente imprecisos y, según Balandier, en el Alto Gabón un grupo es considerado tribu, en tanto que en las regiones costeras aparece como clan.

Mercier piensa con razón que ante todo conviene recordar que hay que cuidarse de toda definición esquemática y estereotipada de la tribu, así como subrayar que todas las manifestaciones del tribalismo están lejos de tener siempre la misma significación. Frente a un modelo teórico necesariamente estereotipado, nos encontramos con realidades en movimiento; y Mercier llega a la conclusión de que la realidad étnica no puede jamás ser delimitada objetivamente, que un grupo étnico no es en definitiva más que la teoría que sus miembros se hacen de él.

¹ Djugudjugu, Lobho Lwa, *Société et politique en Afrique traditionnelle: Bahema et Walendu du Zaïre*, Kinshasa, PUZ, UNAZA, 1980, p. 155.

Lo que nosotros denominaríamos la *conciencia intra-étnica*.

Dicho esto, precisemos que la elaboración y el desarrollo de este tema se basan en hechos históricamente conocidos e incluso vividos. Por eso nuestro planteamiento, lejos de quedarse en la teoría, es fundamentalmente histórico-evolutivo y pragmático. Razón por la cual este trabajo incluirá tres puntos esenciales, a saber: África precolonial y colonial; África independiente y sus problemas sociolingüísticos; y, finalmente, análisis del caso de Zaire.

África precolonial

Una de las características más destacadas de las sociedades africanas anteriores a la penetración colonial es su homogeneidad lingüística respectiva. Gracias a esta homogeneidad lingüística, la comunicación entre los individuos de un mismo grupo es fácil y dicha homogeneidad contribuirá ampliamente a la realización de los proyectos primordiales y vitales de los grupos y, en consecuencia, influirá también en la formación así como en la consolidación de los reinos e imperios precoloniales, tales como Dahomey, Abomey, Yoruba, Kongo, Monomotapa, Buganda, Bushi, Malí, Ghana, Mossi, Songhai, Lunda, Kuba, Zulu y otros.

En el curso de este periodo precolonial puede observarse, por otra parte, que los conflictos entre reinos o entre imperios que desembocaban en la expansión de unos sobre otros, no implicaban necesariamente el abandono de las lenguas de los vencidos en favor de las de los vencedores. Del mismo modo que los vencedores, aunque se impusieran política y, en ciertos casos, administrativamente, no tenían mayor preocupación por imponer sus lenguas, de suerte que en el seno de un mismo gran imperio, o de un reino extenso, podían encontrarse diversas comunidades lingüísticas.

Por otra parte, la colonización va acompañada de una imposición religiosa (cristianismo), político-administrativa, de un nuevo sistema de explotación económica, de una imposición lingüística y cultural en la mayoría de los casos, sobre todo en la colonización de los franceses y belgas. Pierre Maes

reconoce lo anterior cuando dice: “Durante las conquistas coloniales en África, los militares primero, luego los administradores y después los colonos y los comerciantes, consideraban evidente la superioridad de su idioma sobre el que hablaban los ‘indígenas’.”²

África colonial

Si bien es fácil delimitar políticamente el África denominada “precolonial” del África “colonial”, el problema se plantea en cuanto a la dimensión etnocultural y sociolingüística. Contrariamente a lo que ocurre en las antiguas colonias españolas de América Latina, por ejemplo, las culturas africanas, apoyadas en sus lenguas respectivas, se mantienen y viven paralelamente al sistema colonial, que tiene grandes dificultades para controlarlas.

En el África negra francófona se impone la lengua francesa en la enseñanza y en la administración colonial. Sin embargo, conviene señalar que el contacto entre colonizador y colonizado, como ocurre en todas partes, se realiza, en un primer momento, a través de un intérprete que, a la larga, terminará por perder su función en cuanto el proceso de asimilación lingüística se haya consumado en beneficio del colonizador francés.

En estas colonias, hablar francés para los negros equivalía a “ser instruido, aproximarse más al hombre ‘mágico’ blanco, separándose progresiva e inconscientemente de su auténtico ambiente cultural”. Por eso serán numerosos los padres que enviarán a sus hijos a las escuelas dirigidas generalmente por misioneros católicos o a escuelas laicas. Con un solo objetivo: hacer de sus hijos prototipos de blancos, tal como lo planificaba la misma filosofía colonial francesa. También por eso, esos jóvenes tienen tendencia a olvidar (si no es que a perder) sus respectivas lenguas maternas en provecho de la nueva lengua de enseñanza, cuyos conceptos de transmisión del saber

² Maes, Pierre, “Asegurar la supervivencia de las lenguas africanas”, en *Le Monde diplomatique en español*, julio de 1981, p. 12.

no tendrán nada que ver con el modo de vida, con el pensamiento, con la cultura propia, en suma, de cada uno de esos alumnos.

Lo que acabamos de decir de las antiguas colonias francesas del África negra no es completamente distinto de lo que ocurrió en las ex colonias belgas de África central: el Congo Belga, Ruanda y Burundi. Ahí, hablar francés, para los colonizados, también equivalía a aproximarse al hombre blanco sin esperanza de poder igualarlo algún día, puesto que la filosofía colonial belga, caracterizada de “paternalista”, no pensaba dar nunca la oportunidad a los colonizados de alcanzar el nivel de vida de los ciudadanos belgas. Bastaba formar a los colonizados sólo hasta un nivel que pudiera permitirles servir mejor a la causa colonial, o sea, la explotación máxima y en todas sus formas de las colonias y sus poblaciones. Por otra parte, esa capa ínfima de la población que accedía a la enseñanza del francés, comienza a verse un poco diferente de los analfabetos del francés, de modo que su proyección vital la conducirá a imitar al blanco y mostrar a los suyos que está en vías de pertenecer a otro mundo de valores. Por lo tanto, deja de comer con la mano, se viste como el blanco, habla y grita a los suyos como lo hace el blanco cuando se dirige a sus subalternos negros, y demás.

En el sistema escolar, desde la primaria hasta la secundaria (cuatro años, excepto en las pequeñas escuelas que son seis años) el francés será la lengua de enseñanza por excelencia, sobre todo en los centros urbanos. Las lenguas vernáculas se utilizarán en segundo término y sólo en las escuelas primarias.

En lo que se refiere a las antiguas ex colonias británicas del África negra, hay que señalar que —pese a la existencia de la filosofía de la “administración indirecta” o *indirect rule*, que consiste en otorgar determinada “autarquía” a las comunidades negras por mediación de sus respectivos jefes tradicionales— el colonizador inglés tampoco dejó totalmente de lado su lengua en el proceso de enseñanza en sus colonias. Son sobre todo quienes tengan posibilidad de ir a la escuela en los centros urbanos los que estarán en contacto frecuente con el inglés, dado que el sistema de administración colonial facilita, por su naturaleza, la transmisión del saber a través de las lenguas verná-

culas según las regiones. El inglés, que se enseña como una lengua secundaria, se considera como una disciplina al mismo nivel que otras materias. Oscar Uribe Villegas describe la situación en estos términos: "En el África de habla inglesa, el inglés se enseñaba como materia y no se le empleaba como lengua de instrucción; por eso su conocimiento llegó a ser ahí inferior al que los africanos tenían del francés en el África de colonización francesa."³

Esta breve descripción del panorama sociolingüístico del periodo colonial en el África negra sería incompleta si no mencionáramos el caso del árabe como lengua extranjera en el África negra, que precedió sin duda a la penetración o, mejor dicho, a la expansión del francés y del inglés en África.

En realidad, algunos de los países africanos se enfrentaban bajo la colonización francesa o británica a un doble problema: el uso ya fuera del francés o el inglés, o del árabe. El problema se resolvió en ciertos casos en favor de las nuevas lenguas: francés o inglés. En otros casos fue el árabe el que prevaleció en algunos sectores educativos. En otros casos aun, se asistió a una especie de simbiosis o convivencia entre el árabe y una de esas dos lenguas europeas.

Así, en Senegal, país islamizado en un 80%, aunque sea necesario reconocer la gran expansión del francés en la enseñanza y en el marco administrativo colonial, las escuelas coránicas, producto del islam, se desarrollaron al margen del francés. La misma situación se produce en el norte de Camerún, en Mauritania, en Malí y en el norte del Chad, donde predomina el islam.

En Nigeria, cuyo norte está fuertemente islamizado, el árabe, a través de las escuelas coránicas, predomina sólo en el terreno religioso, puesto que son sobre todo las lenguas vernáculas, como hemos mencionado, las que servirán como lengua de enseñanza en la mayoría de las ex colonias británicas.

En lo que se refiere al África negra de expresión portuguesa, antiguamente colonizada por Portugal, la situación sociolingüística de los colonizados no es diferente a la vivida en las

³ Uribe Villegas, Óscar, *Problemas sociolingüísticos africanos*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1983, p. 5.

colonias belgas. La filosofía colonial portuguesa en el África negra, fundada en una especie de segregación en todos los niveles, no facilita el acceso de un buen número de colonizados a la enseñanza. De modo que es sobre todo en el seno de las comunidades resultantes de un mestizaje entre colonos portugueses y autóctonos negros donde se observa un número más o menos elevado de escolarizados que, como consecuencia de ello, están en contacto con la lengua portuguesa como lengua de enseñanza. Esto se puede observar claramente en Angola, Guinea-Bissau, las Islas del Cabo Verde y Mozambique. Lo que precede no quiere decir que algunos negros no mestizos no hayan vivido el mismo problema.

En otras capas de la población continuarán predominando las lenguas vernáculas. A veces, como por ejemplo en el Congo Belga, éstas se utilizarán como lenguas de enseñanza en las zonas rurales, mientras que el portugués será enseñado como una materia entre otras. Sin embargo, conviene señalar que, aunque en las escuelas de los centros urbanos el portugués fuera utilizado como lengua de enseñanza, ello no excluía que se le tomara en cuenta como una materia a la que había que estudiar profundamente.

En todos estos sistemas coloniales, la tendencia de las misiones será promover la evangelización a través de las lenguas locales. De ahí la abundancia, durante la colonización, de numerosos trabajos escritos por misioneros sobre las lenguas africanas. Esos textos, en forma de gramáticas o léxicos, servirán a veces a los administradores coloniales, sobre todo en las antiguas colonias británicas y belgas, en el ejercicio de sus funciones.

Hemos esbozado, de un modo sintético, lo que fue la situación sociolingüística en el África negra durante su colonización. Es fácil darse cuenta de que, pese a la imposición —como en el caso de las antiguas colonias francesas— de una lengua extranjera como lengua de enseñanza y de comunicación entre colonizador y colonizado, las lenguas vernáculas no han podido ser destruidas del todo. Ello por la simple razón de que, por una parte, no toda la población podía ser alfabetizada y, por otra parte, de que incluso esta proporción reducida de alfabetizados no podía separarse totalmente de su cultura fundamen-

tal, que se expresaba a través de las lenguas vernáculas propias de cada grupo social. Lo que, por lo demás, hará de esta capa de alfabetizados un sector de bilingües y, por lo tanto, de intermediarios lingüísticos entre el colonizador y los respectivos pueblos, ignorantes del idioma francés.

Asimismo, es fácil percatarse de que ahí donde la imposición de una lengua extranjera no fue muy marcada, como en las antiguas colonias británicas, las lenguas vernáculas no hicieron sino progresar siguiendo una dinámica multiforme que les permitirá, al menos a algunas, afirmarse como las lenguas nacionales y oficiales de los nuevos estados independientes a partir de su acceso a la independencia.

Es el caso del kiganda en Uganda, hablado por 2 900 000 personas en 1977; del kikuyu y del lúo en Kenia, hablados respectivamente por 2 800 000 habitantes y 1 900 000, según cifras del mismo año, sin olvidar el kiswahili, utilizado como lengua nacional de comunicación; de este mismo kiswahili, que es la lengua más hablada en Tanzania, con 1 300 000 individuos, y que alcanza a 20 millones de hablantes, si se incluyen todos los que la utilizan como lengua secundaria, abarcando incluso las Islas Comores, Zaire, Kenia y otros países de África Oriental; del kinyarwanda y del kirundi, respectivamente en Ruanda y Burundi; del lingala, del kikongo y del tshiluba en Zaire; del hausa, con 25 millones en Nigeria y otros millones en Camerún, Chad, Benin, Togo y Ghana; del yoruba, con 8 millones en Nigeria y otros países vecinos; del ibo, con 3 millones en Nigeria en 1973; del kibemba en Zambia; del mbundu en Angola; del shona y del ndebele en Zimbabwe, etcétera.⁴

Todo lo anterior no quiere decir que donde el francés fue impuesto y suficientemente expandido no progresaran algunas lenguas vernáculas. A este respecto tenemos los ejemplos del gran impacto del wolof en Senegal, hablado por el 36% de la población y utilizado como segunda lengua por un 45%;⁵ del toucouleur, hablado igualmente en Malí y en Gam-

⁴ Grimes, Barbara F., *Ethnologue*, California, Wycliffe Bible Translators, Inc., 1978, pp. 184, 117, 178, 139, 140 y 155.

⁵ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, p. 160.

bia; del soninké, hablado en Mauritania; del bambara, hablado en Malí, Costa de Marfil y Burkina Fasso; del baulé, mucho más expandido en la Costa de Marfil; etcétera.

África independiente y sus problemas sociolingüísticos

Si bien el plurilingüismo se presenta como un fenómeno universal, es absolutamente imposible subestimar su preponderancia en el seno de las naciones del tercer mundo y más precisamente, en África. No es necesario volver a describir todas las características del África independiente inmediatamente después de su independencia. Sin embargo, sería quizá difícil mostrar la proyección de las lenguas africanas, en relación con los grupos a los que pertenecen, en la construcción de las naciones africanas si no hacemos alguna referencia a estas características. Por eso las presentamos aquí, aunque de manera breve.

Es bien sabido, al menos para quienes han leído algo de la literatura política de los primeros años de la independencia en el África negra, que los nuevos estados independientes de África adoptaron, políticamente, estructuras gubernamentales copiadas de sus antiguas metrópolis. Así fue cómo desde 1957, fecha que marca la independencia del primer estado del África negra (Ghana), hasta 1965, de un modo general, la forma predominante de los gobiernos fue la “parlamentaria”, basada en el multipartidismo.

Hay que decir también que, pese al advenimiento de las independencias políticas, no existe una ruptura total con las ex metrópolis. A tal efecto, sobre todo en el plano económico y financiero, se prolonga una dependencia de estos nuevos estados respecto de sus antiguas metrópolis que se denomina con un eufemismo que oculta esta neocolonización o recolonización: “cooperación”, incluyendo la asistencia técnica a los jóvenes estados en diversas áreas: sanitaria, financiera, educacional y otras.

En el terreno sociolingüístico, en estos estados africanos no hay tampoco ruptura entre las lenguas de colonización y los estados. Ello por muchas razones. En primer lugar, los jóvenes estados constituidos artificialmente, es decir, basados en

una reproducción colonial que respondía a los objetivos de explotación que habían presidido el reparto arbitrario de África, se enfrentan al problema inmediato de construir naciones homogéneas sobre fundamentos heterogéneos.

Recordemos al respecto que la lucha por el poder en estos jóvenes estados implicó que se recurriera al apoyo de los clanes, tribus o etnias. Así resurge el problema de la identidad grupal homogénea frente al nuevo estado, que pretende ser unitario y nacional. Todos los que se interesen en el estudio de las políticas africanas de los primeros años de la década de los sesenta observarán que son sobre todo luchas fratricidas e interétnicas las que caracterizan la dinámica sociopolítica de la mayoría de los estados africanos inmediatamente después de su independencia. En Kenia, por ejemplo, los lúo toleran que un gikuyu asuma la conducción del país, el presidente Jomo Kenyatta; en Ruanda y en Burundi se asiste a luchas políticas sangrientas entre los batutsi (minoritarios) y los bahutu (mayoritarios); en el Congo-Leopoldville (hoy Zaire), las luchas intertribales conducen al nuevo estado a secesiones (la de Katanga, 11 días después de la proclamación de la independencia, y la de Kasai); en África occidental, en Dahomey (hoy Benin), Togo, Nigeria, Ghana, etc., hay minorías étnicas que están descontentas con sus nuevas formas de composición gubernamental y prefieren rebelarse contra el poder establecido constitucionalmente.

En segundo lugar, y como corolario de lo que precede, cada comunidad cultural —por no decir tribal— tiende a salvaguardar lo “suyo”, que implica también el lenguaje, o sea la comunicación. En otros términos, no se puede concebir las luchas intertribales sin hacer alusión a los conflictos interlingüísticos que implican o provocan, puesto que la lengua es uno de esos factores principales que hacen y deshacen a las sociedades.

De ahí el gran problema que tienen los nuevos estados para determinar la lengua vernácula por la que van a optar y convertir en la lengua oficial en el seno de esos estados pluriétnicos. De ahí que la opción sea por la única alternativa neutra que corresponde a los estados producto de la colonización: el uso de la misma lengua de colonización como lengua oficial.

Por tanto, se produce una inevitable recolonización lingüística por parte de las ex metrópolis para asegurar de algún modo una cierta unidad sociolingüística en esas nuevas entidades independientes.

En tercer lugar, sería también ingenuo creer que el que no se haya producido ruptura a nivel lingüístico se debiera únicamente al surgimiento de las luchas tribales en África. En realidad, este problema no se ha de aislar de la estrategia global de la colonización que, de un modo u otro, transmitió y expandió su cultura a esos “incultos”, a esos “indígenas”. Y esta transmisión o esta expansión cultural colonial sólo podía hacerse a través de la lengua del colonizador. Y esta lengua del colonizador es utilizada durante aproximadamente 80 años, duración de la colonización europea en África, para aproximar o unir falsamente a comunidades que, en realidad, no tenían nada en común, al menos lingüísticamente, antes de la dominación colonial.

De ahí se deriva una resistencia tácita a la cultura colonial que toma la forma de integración nacional en la lucha contra el colonialismo cuando, en realidad, cada comunidad tribal, en el seno de un mismo territorio colonizado, no había olvidado lo “suyo”. De ahí proviene también ese resurgimiento, con las independencias, de las luchas por recuperar lo “suyo”, luchas que conducen al resultado esperado por el colonizador en su estrategia de dominación: disgregación del nuevo estado independiente, teniendo como consecuencia el recurso a la ex metrópoli correspondiente para resolver sus problemas.

Y así los nuevos estados africanos independientes se ven obligados a conservar como lengua oficial ya sea el francés, el inglés o el portugués. Pero ello no impide que esos jóvenes estados manifiesten ciertas resistencias contra esas lenguas, al menos en lo que concierne a sus poblaciones. Pierres Maes corrobora nuestra observación al escribir lo que sigue sobre la lengua francesa en África:⁶

Si bien el uso del francés tiende efectivamente a extenderse con bastante amplitud en el Congo y en Gabón, pero casi siempre como segunda lengua, la afirmación es totalmente inexacta para los demás estados don-

⁶ Maes, P., *op. cit.*

de el francés es esencialmente la "lengua oficial", o una de las lenguas oficiales, es decir la de la escuela y la de la administración. Todas las investigaciones han demostrado que gran parte de las conversaciones entre africanos, aun en las grandes ciudades, se realizan en la lengua materna si los interlocutores tienen una en común, y en otra lengua africana en caso contrario; lengua que se ha convertido, en el transcurso de los años, en la lengua de comunicación, o en una de ellas dentro de las fronteras de los nuevos estados independientes.

Tal es el caso del wolof (valaf) en el Senegal, del bambara o diula (jula) en Malí, del haussa (hawsa) en Níger, del sango en la República Centroafricana, del moré y el diula en Alto Volta, del árabe (dialecto turku) en Chad, del árabe (dialecto hassania) en Mauritania, y nuevamente del diula en toda la Costa de Marfil. Por lo tanto, el francés sólo se utiliza entre africanos, fuera de la escuela y de los estrados judiciales, cuando los interlocutores no pertenecen al mismo grupo etnolingüístico, y por supuesto en las conferencias internacionales, en las que el francés se impone a todas como la única lengua común.

Sacar de este último hecho la conclusión de que estos estados serían plenamente francófonos equivaldría a decir que Francia y Alemania serían países anglófonos cuando un presidente de la República de Francia o un canciller alemán utilizan el inglés en sus conversaciones frente a frente.

Esta abusiva extensión del concepto de francofonía, con fines puramente políticos, tuvo hasta ahora el resultado práctico de impedir a las lenguas africanas desempeñar el papel que normalmente deberían tener en el desarrollo cultural, y también económico, de los pueblos africanos, manteniendo al mismo tiempo para el gran público francés la peligrosa ilusión según la cual existirían 200 millones de personas que hablan realmente francés, cuando las estimaciones serías no superan los 90 millones.

Por otra parte, puede observarse que algunos países africanos experimentaron pocos problemas o casi ninguno en lo que se refiere a la elección de una lengua vernácula oficial, o utilizaron ésta en yuxtaposición con la lengua de colonización, considerada también como oficial. Éste es sobre todo el caso de pequeños estados en los que el problema del plurilingüismo no es muy acentuado y donde la homogeneidad etnocultural y sociolingüística es muy grande. Como ejemplos de estos casos se puede mencionar Ruanda, con el kinyarwanda; Burundi, con el kirundi; Lesotho, con el sotho; Swazilandia, con el swazi; Togo, con el ewe; Somalia, con el somalí o somalinya; Tanzania, donde pese a la existencia de 115 lenguas, el swahili predomina y es considerado lengua nacional, oficial y de co-

municación por excelencia, mientras que el inglés es secundario y se limita a las capas más escolarizadas del país; Etiopía, con el amharic, hablado por 8 400 000 personas;⁷ Zambia, con el chibemba, considerada como la lengua de comunicación más expandida, etcétera.

Otros estados, ante el mosaico lingüístico al que se enfrentan, optan sencillamente por la lengua de colonización como lengua oficial utilizada en la enseñanza y en la administración pública, seleccionando, al mismo tiempo, como lenguas nacionales de carácter semioficial a las que incluyan al mayor número de ciudadanos. Es el caso de ciertas ex colonias francesas de África, como las mencionadas más arriba en la cita de Pierre Maes, y sobre todo es el caso de Zaire, que será objeto de análisis en la parte siguiente de este trabajo.

El caso de Zaire

Zaire es un vasto país situado en África central. Su superficie es de 2 345 000 km², habitados por aproximadamente 30 millones de ciudadanos zaireños, según el censo de 1980. Estos 30 millones de habitantes no hablan, desgraciadamente, una misma lengua (situación que hubiera podido contribuir ampliamente a los esfuerzos gubernamentales por tener una sola lengua vernácula oficial en lugar de recurrir al francés). Ello nos lleva a interrogarnos sobre la situación sociolingüística en Zaire.

En Zaire se cuenta con más de 250 lenguas, a las que se denomina impropriamente "dialectos". Sin embargo, al hablar de las lenguas en Zaire, Barbara Grimes registra sólo 193.⁸ Ello se debe al criterio que utilizó para determinar qué es lengua y qué no lo es. Lo más importante a considerar aquí es que Zaire constituye uno de esos raros países donde el plurilingüismo predomina y refleja esa proliferación etnocultural que tiene mucha incidencia en la política nacional.

Sin embargo, para resolver este problema de multilingüis-

⁷ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, p. 96.

⁸ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, p. 200.

mo a nivel nacional, el gobierno zaireño ha resuelto adoptar una serie de medidas que enumeramos, describimos y comentamos a continuación.

Primero, la lengua oficial es el francés. Ésta puede ser considerada la lengua principal de comunicación en los medios alfabetizados que han cursado al menos la escuela primaria completa. Por ello, en Zaire, un intelectual de la región del Kasai, donde la lengua dominante es el tshiluba, se comunica a través del francés con sus colegas de Kivu, de Bajo Zaire o del Ecuador, donde la mayoría habla, respectivamente, las lenguas kiswahili, kikongo y lingala. El francés es a la vez, en la educación primaria y secundaria, la lengua de enseñanza (de comunicación de la ciencia) y una disciplina entre otras que es preciso, desde luego, conocer bien. En postsecundaria, el francés se utiliza únicamente como lengua de enseñanza, a menos que algunos estudiantes opten por una licenciatura o un grado equivalente en letras francesas, caso en que el francés es profundamente estudiado como disciplina y especialidad universitaria.

Puede percibirse, pues, la importancia del francés como lengua de enseñanza, como disciplina, como lengua de comunicación entre intelectuales pertenecientes sobre todo a grupos sociolingüísticos diferentes, como lengua oficial y, por lo tanto, como lengua de uso en la administración pública y privada del estado zaireño. Sin embargo, pese a este control inevitable por el momento y representado por el carácter oficial del francés, hay en el seno de las comunidades nacionales de Zaire una especie de repugnancia por el francés, considerado siempre, por supuesto, como lengua de dominación, de los intelectuales y de los pretenciosos. Veremos luego de qué modo la lengua francesa subsiste a los ataques sociales en Zaire.

Segundo, existen en Zaire lo que se puede calificar de "lenguas vernáculas principales o de comunicación secundarias". Estas lenguas corresponden a las cuatro grandes zonas sociolingüísticas del país. Se trata del kiswahili, en el este del territorio zaireño y hablado por 2 500 000 personas en 1972;⁹ del kikongo ya leta o kituba, hablado en el sudeste del país por

⁹ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, p. 199, citando a Nida, Eugene A., *The Book of a Thousand Tongues*, segunda edición, Nueva York, United Bibles Societies, 1972.

1 500 000 individuos en 1970;¹⁰ del tshiluba, hablado en las dos regiones del Kasai y en parte en Shaba por 4 613 400 personas (un 18% de la población en 1976);¹¹ y, finalmente, del lingala, hablado principalmente en la capital del país (Kinshasa) y entre los bangala del nordeste de Zaire. Esta última lengua, el lingala, tiene tendencia a expandirse en todo el país por diversas razones: por ser la lengua de la capital; por ser la lengua utilizada, a escala nacional, por el primer mandatario en todos sus mensajes a la población; por ser, de algún modo, la lengua vernácula importante de la región de origen del presidente; por ser, desde la época colonial, la lengua de todas las fuerzas armadas de Zaire.

Sin embargo, veremos más adelante que, pese a esta estrategia político-gubernamental de promover al lingala, eventualmente, como la única lengua nacional capaz de sustituir al francés, existen asimismo opiniones contrarias que surgen de los otros tres principales grupos sociolingüísticos rivales ante este problema.

Si se califica a estas cuatro lenguas de “vernáculos principales o vehiculares secundarias” ello obedece a que, por una parte, son nacionales y corresponden a grandes agrupamientos lingüísticos del país, y por otra, porque facilitan, en el seno de cada una de las zonas donde se practican (es decir sus respectivas zonas de origen), la comunicación entre diversos grupos sociales que disponen de otras lenguas, a las que algunos “lingüistas” denominan impropriamente “dialectos”, cuando es evidente que se trata de lenguas, sin importar la cantidad de individuos que las utilizan ni la superficie más o menos reducida en la que se hablan, o la existencia o no de estructura gramatical escrita. Y aquí no hay que perder de vista que incluso ciertos tipos de comunicación hablada, calificados hoy de lenguas por esos lingüistas eurocentristas y limitados, revisten las mismas características de lo que se califica hoy de “dialectos”. El problema fundamental sigue siendo el de saber *quién* califica, con *qué criterio* y para *qué fin*, a un deter-

¹⁰ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, citando a Nida, E. y Fehderau, Harold, “Indigenous pidgins and koines, *International Journal of American Linguistics*. 36, 116-155, 1970.

¹¹ *Ibid.*, p. 194, citando a *World Almanac*, 1978.

minado sistema de comunicación oral como “lengua” o a otro como “dialecto”.

Digamos, finalmente, que estas cuatro lenguas, teniendo en cuenta su amplia difusión a escala nacional, han conducido al gobierno actual a calificarlas de “nacionales” con carácter semioficial. Es decir que aparecen en el mismo nivel, después del francés, que sigue siendo la única lengua oficial en Zaire.

Tercero, además del francés y las cuatro lenguas vernáculas principales que acabamos de mencionar, existen también las que se puede denominar “lenguas vernáculas secundarias”, generalmente y por error calificadas de “dialectos”. Se trata, en realidad, de todas las demás lenguas zaireñas vivas en el seno de esas cuatro zonas sociolingüísticas mencionadas.

Entre esas lenguas encontramos algunas que son habladas por una población que varía entre los 100 mil y los 500 mil habitantes, o sea la población o más que la población de algunos estados del planeta.

Además, algunas de esas lenguas vernáculas secundarias de Zaire disponen de obras bien concebidas y estructuradas sobre las literaturas de sus pueblos y sobre el aprendizaje de las respectivas lenguas. Y a veces esas lenguas son utilizadas por los medios de comunicación de masas para movilizar a toda la población local (que suele no conocer la lengua vernácula principal correspondiente a la zona) en programas de carácter político y cultural.

Puede mencionarse a este respecto el *mashi*, en el Kivu Central y el Kivu Sur. Esta lengua dispone de numerosas gramáticas escritas, generalmente, por misioneros. También hay obras sobre la historia del reino de Bushi y acerca de la filosofía de los *bashi*.¹²

¿Qué observamos en Zaire en este orden de cosas? Cada vez que el presidente visita oficialmente la localidad de Bukavu, ciudad capital de la región o provincia de Kivu, toda la población (aunque en parte es *swahilífona*) es movilizada a través de la radio y la televisión en lengua *shi*, considerada la lengua de los autóctonos de Bukavu.

¹² Ver al respecto Kagaragu, A., *Émigani bali bántù* (“Los proverbios eran los hombres”), Diócesis de Kivu, Bukavu, 1983.

En las escuelas primarias de Bushi —especialmente en las zonas rurales de Kabare, Ngweshe, Nyangezi, Kalehe, etc.— el *mashi*, al menos durante los tres primeros niveles de primaria, actualmente y durante la colonización (en el curso de toda la actividad de formación), era utilizado como lengua de enseñanza paralelamente al francés, que en ciertos lugares no era siquiera tomado en cuenta como lengua de enseñanza.

Lo que acabo de decir del *mashi* vale también para algunas otras lenguas zaireñas calificadas de “dialectos”. Así pues, nuestra pregunta a los lingüistas sigue en pie: ¿cuándo hay que calificar a un sistema de comunicación verbal de “lengua” o de “dialecto”? ¿Y con qué criterio hay que hacerlo?

Si hay que partir del criterio del volumen o la magnitud de la población que utiliza un sistema dado de comunicación oral, nos arriesgamos a equivocarnos. ¿Por qué? Porque, por ejemplo, varias lenguas que subsisten en Zaire, como el *mbuti* (35 mil hablantes en 1972), el *kifuliro* (56 mil), el *kilega* (150 mil en 1972), etc., son mencionadas como lenguas por Grimes,¹³ mientras que el mismo autor califica erróneamente al *mashi* de dialecto emparentado con el *kihavu*, hablado en la isla de Idjwi, y reconoce luego (seguramente sin darse cuenta de que cae en una evidente contradicción) que los *bahavu* (que son los que hablan el *kihavu*) aprenden el *mashi* en lugar de ocurrir lo contrario. Esto implicaría, naturalmente, que los *bashi* (que hablan el *mashi*) comprenden generalmente el *kihavu* y que, por lo tanto, el *mashi* parecería mucho más completo que el *kihavu* o, más aún, mucho más amplio que el *kihavu*, que en tal caso tendría que ser considerado —para utilizar ese anticuado y erróneo concepto al que los lingüistas del tipo de Grimes son tan afectos— como un “dialecto” próximo al *mashi* y no al contrario.

Además, el número de individuos que habla el *mashi* es mucho más elevado que el de los que hablan *kihavu*. Los *bashi* superan ya las 400 mil almas, lo que, además, nos hace dudar de la cifra de 262 mil personas que Grimes, al referirse a su colega William E. Welmers, atribuye a los *bahavu*.

Recordemos que nuestra preocupación no es la de perder-

¹³ Grimes, Barbara F., *op. cit.*, pp. 191, 195.

nos en ese tipo de debates improductivos consistente en determinar qué es "lengua" y qué es "dialecto". Lejos de ello, nuestra posición sigue siendo la misma: toda comunidad, por grande o pequeña que sea, a partir del momento en que existe y tiene conciencia de su existencia, dispone de un sistema de comunicación que puede ser verbal o codificado a través de signos apropiados. Incluso se habla de un lenguaje de los animales. En este caso es la comunicación hablada la que nos interesa. Podemos decir, entonces, que toda comunidad dispone de una lengua.

Y decir que tal comunidad posee una lengua y tal otra un dialecto plantea de nuevo el problema ampliamente superado y discriminatorio propio de los antiguos antropólogos, etnólogos e historiadores, cuando hablaban de las sociedades que eran objeto de sus investigaciones como de sociedades sin cultura, sin historia, sin civilización, comparadas con las suyas que, por supuesto, tenían una cultura, una historia, una civilización y quién sabe cuántas cosas más. Al mismo tiempo nos permitimos tomar sinceramente partido para denunciar este tipo de investigaciones que permanecen en estado primario y tienden a subjetivizar el objeto mismo de la investigación para dar una visión falsa de su realidad.

Estas observaciones hechas sobre el kihavu y el mashi son también válidas para el caso de otras lenguas zaireñas calificadas incluso en la actualidad de "dialectos" zaireños. Si nos ubicamos a escala internacional, nos damos cuenta, por ejemplo, de que esa misma lengua shi hablada por más de 400 mil personas, que viven en un territorio mucho más grande que la pequeña isla caribeña de Granada, continuará siendo considerada dialecto frente al arawak (700 hablantes), el djuka (19 mil a 20 mil) o el matawari (1 000 hablantes en 1977, según el Instituto Lingüístico de Verano), consideradas lenguas en Surinam, cuya población total no excedía los 440 mil habitantes en 1976, según el Almanaque Mundial de 1978. De ahí que los mismos prejuicios, al menos en los lingüistas partidarios de tal división, sean los que rijan los criterios de apreciación entre qué es lengua y qué es dialecto.

Después de haber analizado la situación sociolingüística en Zaire, conviene aludir a un problema muy emparentado,

si no es que implicado, con el de la situación sociolingüística: se trata de la dinámica sociolingüística en Zaire ante el proyecto estatal de construir una nación.

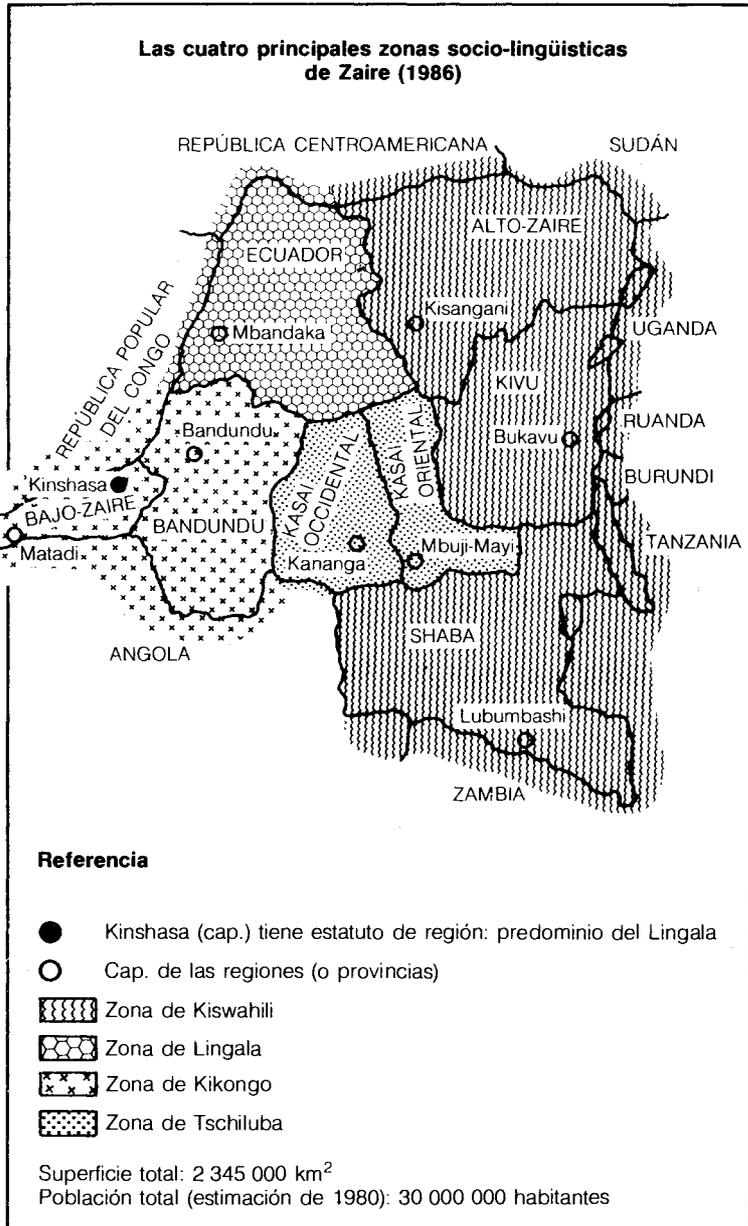
Dinámica sociolingüística en Zaire y problemática de la construcción nacional

En este punto trataremos de ver de qué manera las lenguas zaireñas, ligadas desde luego a las culturas nacionales, por no decir étnicas, se enfrentan al proyecto del estado de construir una nación zaireña y se desarrollan con él. Todos los esfuerzos y todas las preocupaciones gubernamentales por elegir una sola lengua zaireña que sustituya al francés serán asimismo objeto de las reflexiones que siguen.

En cierto modo, como ya hemos dicho, las lenguas sirven para identificar a las comunidades y diferenciarlas unas de otras. Al mismo tiempo, las lenguas pueden constituir un factor de aproximación y de alejamiento a la vez entre diversos reagrupamientos humanos. Cuando aproximan se puede decir que cumplen un papel positivo de integración grupal; cuando alejan se dice que juegan un papel negativo de desintegración grupal. Así pues, es difícil y hasta incorrecto tratar de separar radicalmente la problemática de una lengua de la problemática sociopolítica y cultural de la sociedad en el seno de la cual se desarrolla. En el mismo orden de ideas, se puede decir que, en Zaire, es difícil disociar la problemática sociolingüística de la problemática étnica y nacional.

Las rivalidades que existen entre las diversas etnias de Zaire en su prosecución del poder, se reflejan asimismo a través de las rivalidades que enfrentan a las lenguas que corresponden a las etnias en competencia. Y sabemos que las lenguas sirven como medio de expresión de la apreciación que puede tener un agrupamiento sociolingüístico dado de uno u otros reagrupamientos.

En Zaire, inmediatamente después de 1960, cuando surgieron las luchas interétnicas, muchos espectadores se preguntaron si era posible construir realmente una "nación" congoleesa capaz de reabsorber todas esas tendencias separatistas que se manifestaban en el seno del nuevo estado independiente. Es-



tos conflictos se prolongaron a lo largo de los cinco primeros años de la independencia de una manera muy acentuada para aplacarse sólo con el nuevo régimen militar, en vigor hasta nuestros días, del actual mariscal Mobutu, que dio un golpe de estado contra los civiles en el poder las primeras horas del 25 de noviembre de 1965.

¿Cuál fue la situación de las lenguas vernáculas durante esos cinco primeros años? Naturalmente, acompañaron a esas luchas intergrupales. Los bakongo se sienten unidos por el kikongo; los baswahili, aunque étnicamente heterogéneos, se aproximan, según las circunstancias y los intereses políticos, gracias al kiswahili, que les dará más tarde una dimensión geopolítica a sus miembros; la gente del este del país, para denominar a los grupos políticos unidos de baswahili; los baluba de los dos Kasai, pese a sus conflictos internos, se sentirán como tales gracias y a través del tshiluba; los bangala se unen principalmente por el lingala, aunque hay, sobre todo entre la población de la capital, Leopoldville, otros agrupamientos étnicos no lingalófonos que utilizan esta lengua, sin duda por razones circunstanciales.

Así, este fenómeno se acentúa hasta tal punto que hay varios casos de agrupamientos tribales que se expresan políticamente de un modo unificado por el hecho de hablar una misma lengua. Esto es tan cierto que diferentes líderes políticos del período 1960-1965 y de la actualidad, para constituir partidos políticos, se dedican al reclutamiento de miembros en el seno de sus propias tribus donde se habla la misma lengua. Es decir, que en lugar de que los partidos partan de una base ideológica dada, a la manera de los países de Europa occidental productores de nuevos estados, se fundan a partir de una base meramente tribal o sociolingüísticamente homogénea, capaz de asegurar su supervivencia frente a los otros partidos que se le oponen. El primer presidente de la República Democrática del Congo, Joseph Kasavubu, por pertenecer a la etnia kongo se convierte en el líder de la Abako (Alianza de los Bakongo). El va incluso más lejos en su visión del proyecto político-étnico: la creación de un estado federal donde el Bajo Congo (hoy Bajo Zaire), feudo de los bakongo, sea un estado autónomo federado.

Esta tesis es combatida por el primer ministro, Patrice Lu-

mumba, de la etnia atetela. Pese a sus loables esfuerzos por la construcción de un Congo unitario, tesis que es la que prevalecerá en definitiva, a través de su partido el MNC/L (Movimiento Nacional Congolés, ala Lumumba, puesto que existía también el MNC/K, ala Kalondji, de la etnia luba, de Kasai del Sur, disidente de Lumumba), Lumumba no escapará en cierto modo a las implicaciones de la estructura tribal que se considera la "seguridad etnopolítica primaria" del nuevo estado.

Los baluba de Katanga, mayoritarios (bajo la conducción de su líder, J. Sendwe), y los tchokwe se unen a los proyectos separatistas de Moise Tschombe, de la etnia lunda. Viven, pues, en secesión respecto del resto del país desde el 11 de julio de 1960, o sea, a partir de sólo 11 días después de la proclamación de la independencia del país.

Por dondequiera, en el seno de las asambleas provinciales de la joven República Democrática del Congo, las luchas interparlamentarias se basan en criterios tribales estructurados y uniformes más que en criterios político-ideológicos. C.K. Lumuna-Sando expresa esta correlación etnia/partido/poder en los siguientes términos:¹⁴

La conciencia tribal se expresó entonces en favor de afirmar a cada quien su cultura en la heterogeneidad de los centros urbanos. (...) Así, en 1950, los mongo, en Kinshasa, llegan a afirmar con Roger Bolamba, Ileo, Njoku y otros: "Nosotros no somos bangala." Asimismo, desde 1953, los hermanos Lulua forman un movimiento de reacción contra la hegemonía de los lubakasianos en Luluaburg y sus alrededores; mientras que los songye, en 1958, crean con Dominique Manono el Movimiento de la Unidad Basongye para hacer contrapeso a la polarización Luba-Lulua. En todas partes del país, entre los warega, los bashi, los bakusu, o en la guerrera Balubakat, surgida de la Conakat, los años 50 viven el auge de las organizaciones tribales en los centros urbanos.

Los partidos políticos que entran en liza para reivindicar la independencia, casi todos emanan de esas organizaciones tribales, culturales, dirigidas por los nacionaltribalistas que se han desarrollado en los centros urbanos. *El MNC de Lumumba (octubre de 1958), el PSA de Gizenga y el CERE de Weregere, Kashamura, Bisukiro y el PNP (coa-*

¹⁴ C.K., Lumuna-Sando, *Zaire: Quel changement pour quelles structures? Misère de l'opposition et faillite de l'Etat (La mémoire historique d'un peuple)*, Bruselas, ediciones África, 1980, pp. 52-53.

lición de “moderados que surgen de la ex Unión Congoleesa en 1959”, creada en *Lubumbashi por Kalenda y Kitenge y asesorados por el abogado belga A. Rubens, en 1957*) tienen una envergadura universalista, nacionalista. Pero más allá de su ideología, sus estructuras son, en su base, un conjunto o cártel de asociaciones tribales (ex cártel Balubakat, Fedeka, Atcar, en Lubumbashi, en el caso del MNC/L).*

La defección de Joseph Ileo y de Kalondji Albert, que creó su ala MNC/K para el Kasai, y la solidaridad mutua de los Ankutshu-Tetela, hermanos de raza de Lumumba, son otros testimonios de la ideología nacionalista y de la estructura de un movimiento que no escapaba al prisma del nacionalismo tribal en la politización de las masas. El CERECA en el Kivu —creado por Bisukiro, Kashamura y Weregemere el 28 de agosto de 1958— no escapó a ese prisma pese a sus opciones ideológicas “antitribalistas”, “nacionalistas” e incluso socialistas.

Pero en Kasongo, Kindu, así como en Bukavu, el CERECA, no obstante su ideología, no se libra de los conflictos tribales a través de las actitudes nacionaltribalistas de los ciudadanos, ante los bashi, los barega, los babembe en Kivu del Sur, los bakusu-tetela en el Maniema y otras naciones tribales.

Después de alianzas sucesivas con el ABAKO, el PSA, el MNC/Kalondji (1959), el CERECA experimentó disensiones internas, antes de que Kashamura optase por la alianza con el MNC/L. Surgieron entonces el CERECA del Kivu del Norte, con Jean Miruho, el CERECA bastión del Kivu, con Kashamura en Kivu del Sur, y el CERECA-Weregemere en Uvira.

Desde 1965 hasta nuestros días, si bien se puede decir que la situación ha cambiado, ello sólo es válido en cuanto a la supresión del pluripartidismo en favor del monopartidismo, con tendencia desde entonces a atenuar a escala global ese fenómeno étnico que, de hecho, continúa.

El Movimiento Popular de la Revolución (MPR), el único partido fundado el 20 de mayo de 1967 por el presidente Mobutu Sese Seko, pretende reunir a todos los ciudadanos de Zaire en el seno de un mismo estado, de una misma nación, hasta el punto de reproducir imágenes exógenas a la realidad zaireña como el “partido-estado”, el “partido-pueblo” o el “partido-nación”.

Una de las razones que presidieron la fundación del MPR fue sin duda la preocupación del nuevo gobierno por poner

* Las cursivas son nuestras.

fin al tribalismo, que, hay que reconocerlo, estaba a punto de adquirir un cariz desintegracionista de grandes proporciones. Es por eso que en Zaire todos los zaireños —desde que son concebidos en el seno materno— son miembros del MPR. Por otra parte, el presidente fundador lo ha precisado en estos términos: *Olinga, olinga te ozali se membre ya MPR* (“Quieras o no, eres miembro del MPR”).

Podría pensarse que el MPR hubiera podido absorber totalmente el problema étnico en su aspecto negativo, si no se hubiese identificado íntegramente con la persona de su presidente fundador, quien, tal vez inconscientemente, tiende a replantear el problema en su estado anterior étnico, es decir, a apoyarse políticamente y sobre todo en los “suyos”, que en este caso pertenecen al mismo clan (los bangwandi) y son de la misma zona (Mbandaka) y de la misma región (Ecuador).

Alejado de esta triste tendencia, el MPR tal vez hubiera conducido con el tiempo a una cristalización progresiva de diferentes etnias con un mismo lenguaje en el marco de la realización de un mismo proyecto político global, es decir, nacional. El régimen actual intentó sin éxito encontrar un camino que pudiera contribuir a la supresión del tribalismo. Se trataba de una política de “permuta de los agentes y funcionarios públicos del estado” para que trabajasen en zonas sociolingüísticas diferentes de las suyas. Así, por ejemplo, un swahilífono iba a trabajar en una zona tschilubáfona y viceversa, mientras que un lingalófono era trasladado a una zona swahilífono, kikongófono o tshilubáfona.

Esta política tuvo, por cierto, sus consecuencias. En primer lugar, el nuevo permutado llegaba a una zona desconocida en donde tenía que aprender a adaptarse social y lingüísticamente. Esto no es fácil, sobre todo cuando se es mayor para poder aprender una lengua nueva sin disponer de una infraestructura mínima adecuada. Pues, si bien en las oficinas se utiliza el francés para la elaboración de los documentos administrativos, en realidad la comunicación se efectúa generalmente en la lengua vernácula del lugar de que se trate.

En segundo lugar, los hijos de los agentes o de los funcionarios en traslado de servicio están obligados a estudiar como disciplina, si se encuentran en los tres primeros niveles de pri-

maria, un curso sobre la lengua de la zona a la que llegan. Tendrán por supuesto menos dificultades que sus padres, pero no hay que perder de vista que estos niños, en su casa, continuarán haciendo también uso de su lengua de origen, no obstante el peso de la nueva lengua a la que se confrontan. De ahí, los choques culturales que se producen a veces, acompañados de cierta confusión en el aprendizaje de la nueva lengua. Y no olvidemos que puede ocurrir que dos años después los padres del niño sean enviados a trabajar a otra parte.

En tercer lugar, si bien es preciso reconocer que esta política tuvo ciertos méritos —por ejemplo, el de hacer conocer a los agentes y funcionarios y sus familias otros lugares de su país y las lenguas que allí se hablan, las demás culturas, etc.— tampoco se puede ocultar que no tardó en enmascarar el aspecto tribal en su estrategia de acción. ¿Cómo ocurrió esto? Los funcionarios responsables de ordenar las permutas de sus agentes o subalternos enviaban siempre a algunos de ellos, según criterios a menudo subjetivos, a zonas donde las condiciones de vida eran ya sea fáciles o difíciles, según los casos. A las zonas con mejores condiciones de vida se enviaba frecuentemente a personas de la propia etnia, a amigos pertenecientes a otras etnias o a individuos que, mediante regalos remitidos a los jefes, sobornaban para satisfacer su deseo de ubicarse en tales zonas. Y a las zonas con condiciones de vida difíciles —lugares donde existe, por ejemplo, la enfermedad del sueño, o donde el costo de la vida es muy elevado a causa de la escasez de bienes de consumo primarios o de la imposibilidad de la agricultura— se enviaba a desconocidos o gente indeseable, como si se tratase de un arreglo de cuentas, de un castigo.

Así pues, esta política de permutas fue vista con malos ojos por muchos ciudadanos del país, que vieron en ella un puro favoritismo para ciertos agrupamientos sociolingüísticos y un castigo para otros agrupamientos.

Otro fenómeno importante que se tiene que analizar aquí es el del choque entre las cuatro lenguas vernáculas principales de Zaire y el efecto o los efectos derivados de ello. Como dijimos, el choque entre estas cuatro lenguas nacionales de carácter oficial reflejó siempre la competencia sociopolítica existente entre los diversos grupos sociales que las hablan de modo

predominante. Por ello, el swahilífono, en su zona sociolingüística de origen, no tolera que se le hable en otra lengua que no sea la suya, y sobre todo no tolera que se le hable en lingala, lengua que considera la de los que quieren imponerse sobre los otros por la fuerza. El mismo caso es válido para un kogófono. Los balubófonos se muestran mucho más agresivos cuando escuchan en su zona a un lingalófono o a un kongófono expresarse en su lengua respectiva. Para los lingalófonos, sobre todo los de la capital, todo el que no se exprese o se exprese mal en lingala es tachado de “mutoka” (lo que quiere decir: proveniente de..., sobreentendiéndose que es del interior, de la provincia, del campo). El apodo de “mutoka” implica un menosprecio a toda persona que no hable o hable mal el lingala. Esto refleja las impresiones espontáneas del hombre de la calle, aunque a veces también en medios considerados intelectuales exista y pueda apreciarse ese mismo tipo de menosprecio interlingüístico.

¿Pero, cuál es en realidad la situación de Kinshasa ante esos conflictos entre lenguas? Si es cierto que la lengua dominante y la más usada en Kinshasa es el lingala, ello no excluye el uso —pese a su escasa densidad— de las otras tres lenguas vernáculas principales en la capital, debido al carácter “cosmopolita” de la ciudad, si es posible hablar de cosmopolitismo de una ciudad a escala de un país en relación con las provincias que lo constituyen. Hay diferentes etnias con sus lenguas correspondientes, aunque hablen el lingala por la necesidad que imponen las circunstancias, que han elegido vivir en Kinshasa. De modo que en la capital el lingala tiene tendencia a funcionar como lengua de comunicación frente a las demás lenguas vernáculas, principales o secundarias, que allí se hablan.

Lo que precede también es aplicable a las lenguas vernáculas secundarias que existen en cada una de las cuatro zonas sociolingüísticas principales del país. En el Shaba, un muluba —que habla kiluba— tiene tendencia a despreciar a un mubemba, un kalunda o un tchokwe y viceversa. En el Bajo Zaire, zona del kikongo por excelencia, un muyansi menospreciará a un muyaka, a un pende, y viceversa. En la región de Ecuador, un mungwandi tiende a menospreciar a un mongo, a un ngbaka, y viceversa. En el Kivu, un mushi tenderá tam-

bién a despreciar a un murega, a un mukusu, a un munande, y viceversa.

Nos damos entonces cuenta que este fenómeno de menosprecio o de diversos grados de intolerancia entre las diferentes lenguas del territorio zaireño no puede separarse, sin riesgo de caer en un análisis parcial e incompleto, del fenómeno étnico al que sigue permanentemente ligado.

Finalmente, ¿cuál es la situación del francés en este conflicto interlingüístico del Zaire? Frente a esta división continua de Zaire a través de sus manifestaciones etnolingüísticas, hasta ahora la única alternativa para que todos los zaireños adopten un mismo sistema de comunicación hablada ha sido el francés. Pero hemos hecho constar que la mayor parte de la población no utiliza el francés. Es cierto. Sin embargo, a nivel oficial, el francés ha podido expresar ante el mundo exterior lo que se denomina “un Zaire homogéneo”, lingüísticamente hablando. Dicho en otros términos, “un Zaire francófono”, pese a las deficiencias que implica este concepto de francofonía. Son entonces, en cierta medida, las contradicciones internas del país las que favorecen en nuestros días el mantenimiento del francés a la cabeza de las demás lenguas nacionales.

Pero no hay que perder de vista la resistencia manifestada por las diversas agrupaciones sociolingüísticas zaireñas al uso del francés como lengua oficial, aunque reconozcan, cada una por su parte, su incapacidad actual de optar por una sola lengua nacional y oficial capaz de sustituir al francés. A este respecto, es preciso señalar que en Zaire la resistencia a la lengua francesa se manifiesta en tres niveles.

En primer lugar, en cuanto a las masas, según hemos mencionado, toda persona que tienda a expresarse en francés fuera de la escuela es considerada jactanciosa, pretenciosa, acomplejada. Lo más natural para las masas es que cualquier persona se exprese en alguna lengua vernácula, a riesgo de ganarse, de lo contrario, la desconfianza de la gente. En Kinshasa se llega incluso a denominar a los zaireños que tienen la manía de hablar en francés fuera de la escuela o, en cierta medida, de las oficinas, *je les connais* (“los conozco”). Sin duda porque pretenden *connaitre* (“conocer”) más que los demás y usan

a menudo el verbo "conocer" en su conversación.

En segundo lugar, en el plano burocrático la resistencia al francés también se hace patente. Aunque el francés sea utilizado para la redacción de los documentos administrativos, públicos o privados, la comunicación entre agentes o funcionarios de las empresas públicas o privadas se efectúa frecuentemente en la lengua nacional correspondiente en general a la zona sociolingüística de que se trate, a menos que los agentes o funcionarios tengan que trabajar con extranjeros (europeos o ciudadanos de otros países africanos) o con nacionales que no conozcan la lengua nacional de la zona en cuestión. En estos casos la comunicación se efectúa en francés. Lo anterior no excluye, por supuesto, el uso del francés en la burocracia por parte de aquellos zaireños que prefieren mantenerse apegados a él. En todos los casos la tendencia general es el uso de las lenguas nacionales.

En tercer lugar, la resistencia al francés se manifiesta en la enseñanza universitaria y superior. Pese al uso del francés como lengua de enseñanza, se observa que fuera de las aulas tanto estudiantes como profesores, cuando son del mismo origen étnico, tienen tendencia a expresarse en sus respectivas lenguas vernáculas, principales o secundarias, según los casos.

Es decir, que la propia universidad, que ha de ser considerada como el centro por excelencia del desarrollo del francés, manifiesta una cierta resistencia a esta lengua, que utiliza como un mal necesario para facilitar la transmisión del saber. En algunas universidades del Zaire, se puede ver con frecuencia que los estudiantes se dan explicaciones de matemáticas o de química en tshiluba o en otras lenguas nacionales según el caso.

Por último, antes de terminar, digamos unas palabras sobre los esfuerzos desarrollados por el gobierno y por los lingüistas del país para tener una sola lengua nacional oficial que pueda facilitar la unidad nacional del estado pluriétnico zaireño.

Actualmente, en el mundo en general y en África en particular, el estado tiene como preocupación principal realizar la integración nacional y obtener el bienestar social y material de sus habitantes. Pero entre el fin y los medios para alcanzarlo la brecha sigue siendo grande. En Zaire, la balcanización o la atomización del estado en varias etnias, que cada día mani-

fiestan su identidad particular respecto de lo que sería la identidad nacional global, impide, por supuesto, la realización apacible de la verdadera unidad nacional. Esto es tanto más cierto cuanto que son varias las tesis subjetivas que se enfrentan en Zaire en lo que se refiere al problema de optar en favor de una sola lengua nacional oficial.

En cierto modo ya nos hemos referido a la tesis del lingala. Según los partidarios del lingala, ésta sería la lengua oficial por excelencia dado su amplio uso en la capital y el empleo que hace de ella el presidente, e incluso algunos gobernadores de regiones,¹⁵ en todos sus mensajes a la población zaireña, aun sabiendo que la mayoría de los habitantes del país no comprende esa lengua. El lingala tiene para sus partidarios más posibilidades de extenderse por todo el país que el kiswahili, el tschiluba o el kikongo ya leta. Además, todo el ejército zaireño lo utiliza en cualquier lugar que se encuentren sus miembros.

La tesis del kikongo se basa en el hecho de que el primer presidente del país fue un mukongo. Por lo demás, el kikongo se extiende por una zona bastante amplia: la región del Bajo Zaire y una parte de la población de la capital, buena parte del Congo Brazzaville y el norte de Angola. Lo que tiende incluso a dar una dimensión internacional al kikongo, que representa además a uno de los antiguos reinos más estructurados y organizados del país, a saber el reino Kongo.

La tesis del tschiluba se basa sobre todo en el carácter mucho más dinámico de los baluba, que, estén donde estén, en Zaire o en el extranjero, utilizan sin complejos el tschiluba e insisten en que sus hijos aprendan su lengua en la infancia. Además, el tschiluba se extiende también sobre las dos regiones de Kasai (Kasai Oriental y Kasai Occidental) y es hablado incluso por todos los kasaianos residentes o domiciliados en Shaba o en Kinshasa.

La tesis del kiswahili se funda principalmente en el carác-

¹⁵ Varios gobernadores lingalófonos nombrados en regiones swahilífonas o tschilubáfonas se han dirigido a menudo a los residentes de esas zonas, en sus comunicaciones públicas y a veces sin intérpretes, hablando en lingala, aun sabiendo perfectamente que no los podían entender.

ter internacional¹⁶ de esta lengua, en su estructura gramatical muy elaborada y en la existencia de una publicación relativamente abundante de manuales sobre diversos temas en ese idioma. La misma UNESCO hace uso del swahili para algunas de sus publicaciones.

He aquí pues de qué modo se presentan estas tesis, aunque existen a la vez las argumentaciones elaboradas por diferentes sectores contra cada una de esas tesis.

Así pues, en lo que se refiere al lingala, los opositores de esta lengua sostienen que tiene un vocabulario muy pobre porque incorporó varias palabras francesas. Por otra parte, según sus detractores, es una lengua que el sistema en el poder quiere imponer por la fuerza en lugar de dejar esa tarea a la dinámica social interlingüística. Por último, el lingala es una lengua que no tiene muchos adeptos en comparación con las otras tres lenguas nacionales y que no cuenta con ninguna proyección internacional, salvo en el caso del Congo Brazzaville, donde se habla también el lingala. De ahí que el lingala, de acuerdo con este razonamiento, no pueda ser tomado en ningún caso como lengua oficial.

En lo que se refiere al kikongo, sus opositores argumentan que, aunque se hable en el norte de Angola y en el sudeste del Congo Brazzaville, carece de un dinamismo expansivo a nivel nacional y se limita a la región del Bajo Zaire y, en cierta forma, a la capital, por razones del cosmopolitismo de ésta. Además, el kikongo tiende a reflejar el carácter cerrado de los bakongo. Por lo tanto, el kikongo no cumple con las condiciones objetivas de una lengua oficial.

En cuanto al tschiluba, esta lengua implicaría, en caso de seleccionarse como lengua oficial, un ascenso político de los baluba. Y este ascenso inquietaría mucho a la mayoría de los grupos étnicos del oeste, los bakongo y los bangala, que no

¹⁶ Hablan swahili aproximadamente 40 millones de personas y constituye una asignatura en algunas universidades extranjeras (Sorbona, Lovaina, USA, El Colegio de México, etc.). Se habla además de en todo el este de Zaire, en Ruanda, Burundi, Tanzania, Kenia, Uganda, el sur de Somalia, las Islas Comores, Zambia, el norte de Mozambique, Malawi, el noroeste de Madagascar. En el primer trimestre de 1986 la Organización de la Unidad Africana (OUA) adoptó finalmente el kiswahili como lengua oficial y, por lo tanto, como lengua oficial del continente africano.

toleran a los baluba, calificándolos de ambiciosos, jactanciosos, etc. En Kinshasa se habla incluso del *de mulú vantard* (del “muluba jactancioso”). Por otra parte, el tschiluba está confinado a las dos regiones del Kasai. De ahí su tendencia al aislacionismo, que no es positiva para la expansión de una lengua.

El swahili, por su parte, tiene un alcance mucho más internacional que las otras tres lenguas nacionales principales. Sin embargo, argumentan sus detractores, esta lengua no es de origen zaireño puesto que proviene de la costa oriental africana, de Zanzíbar, y penetra en el territorio de Zaire a través de los traficantes de esclavos, los árabes y los arabizados. De ahí que este origen extranjero del swahili juegue en contra suya como lengua oficial. Y a este respecto cabe preguntarse si el francés —que es hoy oficial— era de origen africano en general y zaireño en particular.

Es fácil darse cuenta de que estos razonamientos, aunque algunos parezcan dotados de sensatez, se distinguen por el subjetivismo étnico que caracteriza desde hace mucho tiempo las luchas políticas de Zaire hasta nuestros días. Ante estas luchas, que tuvieron grandes repercusiones en el aspecto lingüístico de las diversas etnias de Zaire, la solución más sabia y neutra, desde luego como última alternativa, ha sido la de optar por la lengua de colonización, en este caso el francés.

¿Entonces qué conclusión se puede extraer de lo que precede con respecto a ese joven estado africano (Zaire) enfrentado al problema de la construcción nacional desde hace casi 27 años? Algunos teóricos de la problemática sociopolítica africana argumentan que se exagera demasiado al insistir sobre el fenómeno étnico como si éste fuera el único, o el único que importa estudiar. Otros piensan que los intelectuales africanos idealizan el fenómeno étnico influidos en sus investigaciones por algunos africanistas europeos, a tal punto que se llega a la invención pura y simple de las etnias en África. Este tipo de teóricos piensan que existen fenómenos muy importantes —como los problemas del hambre, la cuestión sanitaria, la enseñanza, el militarismo, la integración económica, los intercambios comerciales entre estados africanos, etc.— que podrían ser objeto de estudios trascendentes en lugar de reducir todo al nivel étnico.

Es evidente que todo reduccionismo corre el riesgo de quedarse en el particularismo. Éste, a su vez, puede llevar al subjetivismo, que consistiría en analizar un fenómeno dado de la realidad sólo parcialmente y según las perspectivas del investigador en lugar de captarlo en su totalidad.

Sin embargo, también pensar que el "todo" es "todo" por obra exclusiva del azar, conlleva el peligro de conducir a errores de apreciación. Puesto que los componentes de un "todo" son tan necesarios que cada uno de ellos ha de ser estudiado exhaustivamente a fin de comprender el tipo de relaciones que los une entre sí y que, por consiguiente, permiten su integración perfecta, conducente, por lo tanto, a la obtención de ese "todo". Tampoco hay que perder de vista que en sus relaciones, en sus confrontaciones, uno, dos o tres componentes pueden tener más incidencia en los demás, aun sin impedir que cumplan sus papeles respectivos en la constitución y la comprensión del "todo" que forman en su conjunto. Precisamente en este último nivel es en el que quisiéramos situar la comprensión del fenómeno étnico en África en general y en Zaire en particular.

Es cierto que no puede reducirse todo al exclusivo fenómeno étnico en África. Del mismo modo que este fenómeno sigue siendo tan acentuado en el seno de los nuevos estados que no puede ser analizado de una manera simplista, en tanto que invade gran parte de los sectores del estado, si no es que todos, en la mayoría de los países africanos. Para quedarnos sólo con Zaire, objeto principal de esta investigación, ¿qué es lo que se observa en este país?

En el plano político y en cuanto al gobierno, los puestos clave son ocupados por los originarios de una sola región o provincia. En algunos casos puede que se otorgue un ministerio a alguna persona perteneciente a otro grupo étnico (luba, shi, nande, kongo, etc.) que, sin embargo, no tiene la libertad de actuar totalmente según las atribuciones que le corresponden puesto que está secundado a veces por un originario del grupo étnico en el poder (los bangwandi en particular y los nacidos en la provincia de Ecuador en general) y otras por un amigo-cómplice del clan en el poder, aunque pertenezca a otra etnia o región.

Un estado que se pretende “moderno” trata de sobrevivir y de funcionar utilizando variables exclusivamente clínicas que no reflejan adecuadamente las relaciones de linaje que caracterizaban a las diversas relaciones sociopolíticas y económicas del África negra tradicional. Ésta ha sido caricaturizada, traicionada, en la medida en que sirve de pretexto a un solo grupo étnico minoritario para imponerse, gracias a los factores modernos de dominación, sobre todos los demás grupos étnicos del país.

En el terreno económico, los esfuerzos gubernamentales, cuando los hay, tienden a promover únicamente ciertas regiones en detrimento de otras. Y ello basándose en consideraciones político-étnicas. Es el caso, por ejemplo, de la región de Kivu, situada en el centro-este del país, una de las zonas de mayor riqueza agrícola, con un pintoresquismo turístico indudable y que, finalmente, fue completamente abandonada, a tal punto que se observa una completa destrucción de la ecología sin que el gobierno central se ocupe del problema.

Por el contrario, la región de la provincia de Ecuador se beneficia más que ninguna otra de las regiones del país de los factores de promoción socioeconómica: hospital moderno, escuelas nuevas, carreteras pavimentadas, incluso un aeropuerto internacional, aunque sea una zona menos visitada que la anterior, al menos en lo que se refiere a su atractivo turístico. Se observa un desarrollo creciente de la agricultura gracias a los expertos extranjeros (israelíes, sudcoreanos, etc.) importados y bien pagados por el gobierno zaireño. Y sin embargo las universidades y los institutos técnicos superiores de Zaire continúan formando a sus propios ingenieros agrónomos.

En otras regiones, como la de Kasai Oriental, por ejemplo, no se dispone de luz eléctrica fuera de determinadas horas. La central hidroeléctrica de Inga, considerada una de las más poderosas del mundo —capaz de abastecer a toda África con su capacidad completa programada de 40 000 megavatios— suministra hoy electricidad a la región de Shaba, sin duda para su eventual control político en caso de manifestaciones antigubernamentales, atravesando localidades densamente pobladas y a oscuras por la noche. A este respecto hay que reconocer que la mayor parte del territorio zaireño no está iluminado,

a pesar de contar con el famoso complejo hidroeléctrico de Inga.

A escala global del país, las vías de comunicación por carretera, las lacustres, fluviales y ferroviarias, que no están directamente en relación con los intereses político-económicos del grupo en el poder, son deficientes y disponen de equipos vetustos, abandonados en la mayoría de los casos por la administración colonial.

En el plano de la educación y la enseñanza, la tendencia sigue siendo la de privilegiar a originarios de determinadas regiones en detrimento de los de otras. En este sentido y con frecuencia, aun sabiendo que en casi todas partes, si no es que en el mundo entero, hay normas objetivas de juicio para el paso de un nivel de aprendizaje a otro superior, el gobierno zaireño hace abstracción del uso de esos criterios objetivos de admisión para la enseñanza superior y universitaria; en este caso, la obtención del promedio requerido por el sistema educativo del país y la aplicación de esta medida a todos los aspirantes por igual. Muchas veces se admite a candidatos con un bajo promedio mientras que se rechaza a quienes lo tienen más elevado, y ello sobre la base de criterios meramente localistas, regionalistas, clánicos, tribales, étnicos o de simple "amistad". Por otra parte, con el pretexto de crear un equilibrio interregional en la enseñanza, se ha instituido un sistema denominado de "cuota regional" que, de hecho, no hace sino reflejar esta tendencia a admitir candidatos con calificaciones bajas pertenecientes a las regiones privilegiadas en desmedro de los de otras regiones, pese a que éstos tengan una mejor calificación.

Y en lo que se refiere a las becas de estudio universitarias o postuniversitarias en el extranjero, su obtención se logra en más o menos el 90% de los casos sobre la base de los mismos criterios localistas, regionalistas, tribales, étnicos o "amistosos". El responsable busca ante todo promover a los "suyos" antes que aplicar criterios objetivos e independientes, y si quedan todavía algunas becas disponibles se otorgan a "desconocidos" para hacer creer al público que los aspirantes seleccionados son multirregionales o multiétnicos.

Por otra parte, es verdaderamente deplorable que en la mayoría de las universidades y de los institutos superiores pedagógicos o técnicos de Zaire, el hecho de que, a partir de 1975,

el criterio de pertenencia a una misma comunidad sociolingüística entre el profesor y el estudiante haya desempeñado, en cierta medida, un papel decisivo para el éxito o el fracaso de algunos alumnos. Los profesores baluba tendrán tendencia a dejar pasar fácilmente a los estudiantes baluba; los profesores bakongo facilitarán la tarea a los alumnos bakongo, etc. Esto no quiere decir que no existan en las universidades y los institutos superiores zaireños profesores imparciales, responsables y conscientes de su deber de formadores y educadores. Sí existen pero, desgraciadamente, no son numerosos en nuestros días. Por lo demás, corren el riesgo de verse contaminados por el mal gubernamental necesario, el tribalismo en su sentido destructivo.

En lo que se refiere a la estructura del ejército zaireño nadie puede dudar en la actualidad de su carácter mayoritariamente ciánico y, en rigor, regional, en cuanto a la composición de sus cuadros dirigentes, es decir, de los principales generales destinados a las tareas de mando más importantes. En estos 10 últimos años se ha asistido progresivamente a retiros prematuros y de carácter político de diversos oficiales superiores del ejército zaireño, a pesar de su capacidad y excelente formación. Esto se ha debido a que no pertenecían al clan en el poder y representaban un peligro eventual pero latente.

Los ejemplos prácticos para demostrar la existencia del peso lingüístico, étnico —y quién sabe de qué otro género— en la vida cotidiana de los estados africanos actuales en general, y de Zaire en particular, son abundantes. La única preocupación que nos ha estimulado a redactar este trabajo ha sido la de presentar la situación lingüística y étnica frente a la problemática permanente de los estados africanos, construidos desde luego a partir de criterios exógenos, en su tarea de erigir sus naciones respectivas desgraciadamente de acuerdo con el modelo de estado-nación de Europa Occidental, precisamente cuando este concepto de estado-nación se halla hoy en crisis. Para ello basta echar una mirada sobre lo que pasa en Irlanda del Norte, en Bélgica (con los flamencos y los valones), en Francia (con los corsos, catalanes y bretones que ya no quieren ser franceses), lo que ocurre en España (con los vascos, que no cesan de dar dolores de cabeza al gobierno de Madrid, y con los cana-

rios, que reclaman su autonomía) y, finalmente, observar la rebelión de los tamiles del norte de Sri Lanka, que exigen también su autonomía y se sienten mucho más próximos a sus hermanos del estado de Tamilnadu del Sur, perteneciente a la República de la India.¹⁷

Ante estos hechos, ¿deberían los gobiernos africanos continuar perdiendo su tiempo en construir naciones que reproducen el modelo de Europa Occidental y que hoy está en crisis total, o deberían buscar nuevas vías autónomas y propias de su modo de vida, de su cultura? Nos parece que precisamente en esta última alternativa es en la que habrán de centrarse todos los esfuerzos para obtener una óptima integración social de los estados africanos. Puesto que, en realidad, el problema no consiste en suprimir o minimizar las cuestiones lingüísticas y étnicas sino en saber cómo utilizarlas en su justo valor para construir nuevos estados nacionales en el África negra, de modo tal que no puedan caer en esa crisis del estado-nación europeo ya señalada.

Traducción del francés:
EDUARDO MOLINA

BIBLIOGRAFÍA

- CALVET, Louis-Jean, *Linguistique et colonialisme. Petit traité de glottophagie* (París, pbb, 1979).
- DJUGUDJUGU, Lobho Lwa, *Société et politique en Afrique traditionnelle: Bahema et Walendu du Zaire* (Kinshasa, PUZ, UNAZA 1980).
- GRIMES, Barbara F., *Ethnologue* (California, Wycliffe Bible Translators, Inc., 1978).
- MAES, Pierre, "Asegurar la supervivencia de las lenguas africanas", en *Le Monde diplomatique en español*, julio de 1981.
- NGALASSO, Mwatha Musanji, "Authenticité et problème des langues au Zaire", en *Jiwe*, UNAZA-Campus de Lubumbashi, Lubumbashi, 1973, pp. 35-45.
- URIBE VILLEGAS, Óscar, *Problemas sociolingüísticos africanos* (México, D.F., Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1983).

¹⁷ También los sikhs exigen la independencia del Pendjab de la República de la India, que se pretende totalmente unitaria e indivisa contra viento y marea.